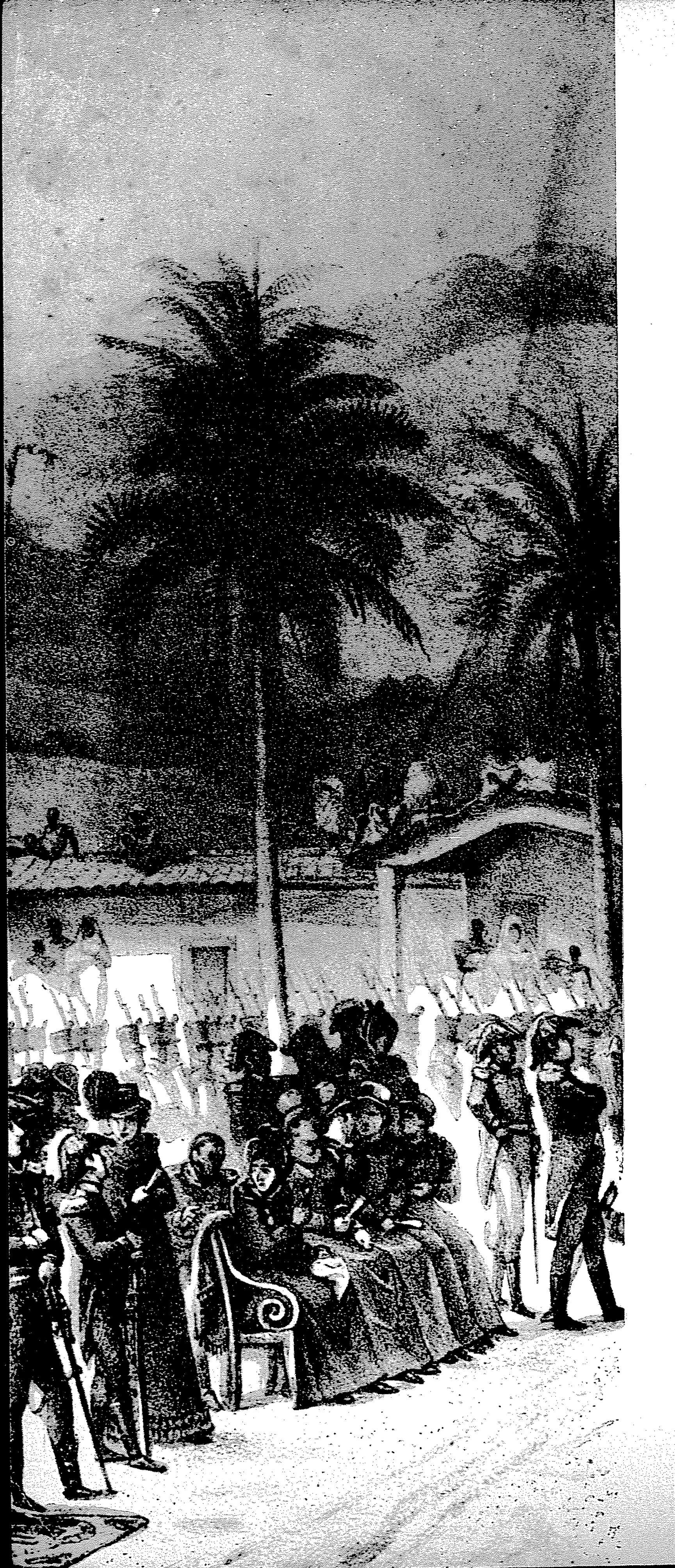

La guerra de los imperios
ENCICLOPEDIA
15
URUGUAYA
Gustavo Beyhaut

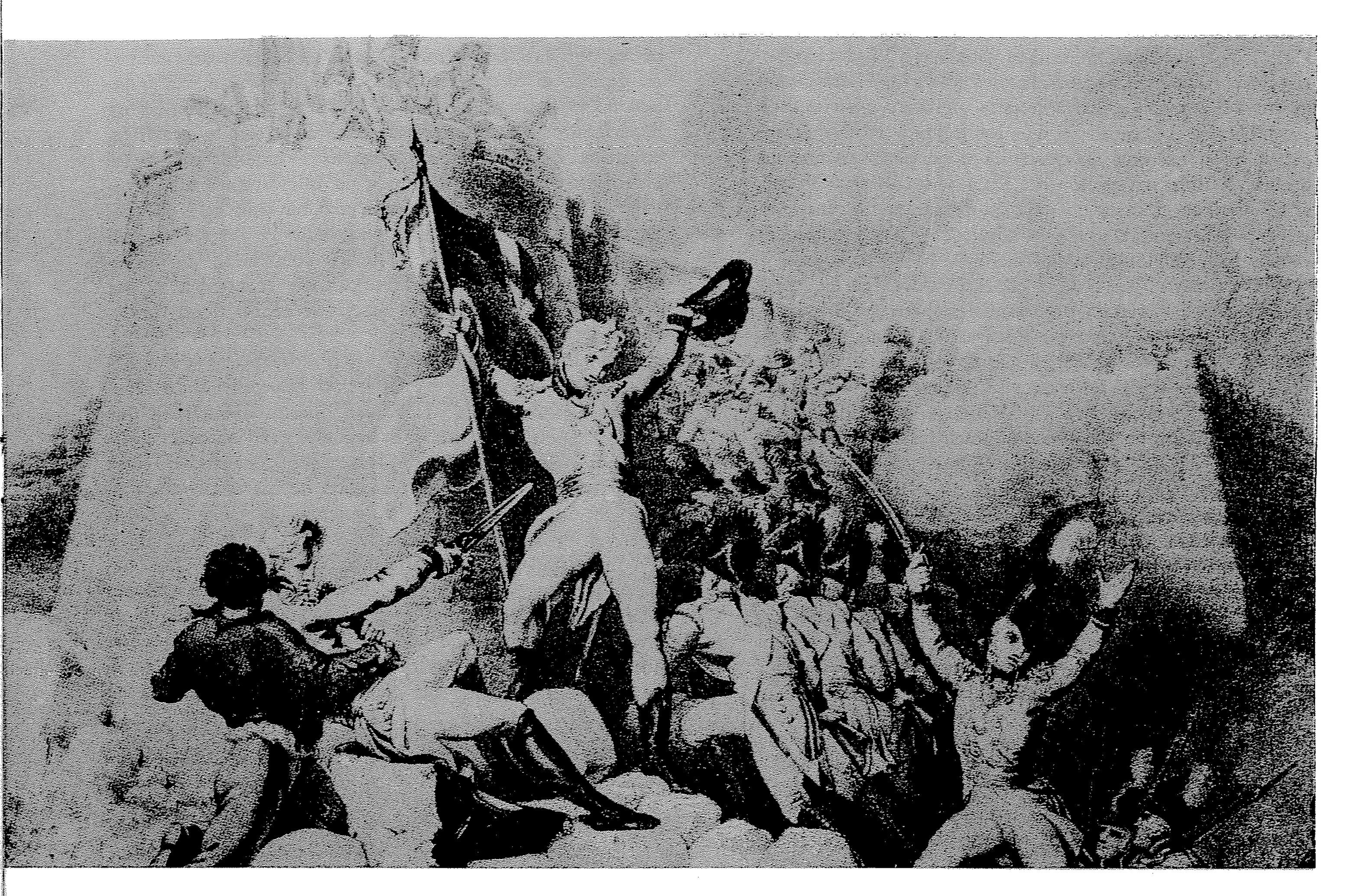


La guerra de los imperios

Gustavo Beyhaut

Viejos y nuevos imperios

La diversidad de opiniones acerca de la expansión imperialista de fines del siglo XIX ha ido produciendo una especie de fatiga intelectual que deriva muchas veces en el olvido de lo esencial en este fenómeno. Cierto que no debe confundirse la vieja política colonial con el nuevo imperialismo, y también que capitalismo financiero e imperialismo son términos cuya asociación es controvertida, pero esto no quita significación al hecho real del beneficio que produce a algunos países su política exterior, en detrimento de otros. Este fenómeno puede presentar formas muy diversas. De ahí las distintas maneras de explicarle. Lo que se percibe como un desarrollo "inducido" o "hacia afuera", el mero imperialismo o el "efecto de dominación", la existencia de países coloniales y de "polos de desarrollo", es todo parte de un mismo complejo de factores que explica el desequilibrio entre la acción de las zonas industriales y las regiones periféricas. Contribuyó a oscurecer el panorama anterior la construcción de algunas teorías destinadas a explicar este proceso que, de manera parcial, sólo tomaban en cuenta alguna de sus características. Si se observa la historia latinoamericana posterior a la independencia, se puede advertir que complementariamente con toda esa gran transformación motivada por el impacto del capitalismo industrial, hay manifestaciones concretas de acción imperialista de las grandes potencias europeas y que ésta va desde las simples gestiones diplomáticas a la intervención armada.



Frustradas sus invasiones de 1806-7...

La simple expansión de la economía capitalista fue un factor de grandes cambios en el mundo: modificó sistemas de producción y determinó el traslado de poblaciones enteras. Poco a poco, cayeron en el desprestigio las fórmulas que el liberalismo británico había acumulado en su enfrentamiento al viejo colonialismo hispánico: aparecieron diversas naciones industriales en el plano de la competencia y se fue abandonando el libre cambio para retornar lentamente al proteccionismo. Se podría decir que hay una inversión de la tendencia: lo que a fines del siglo XVIII y principios del XIX desacreditaba los monopolios coloniales, se trocó poco a poco en una nueva forma de colonialismo que llevó al reparto de Africa y a la penetración en Asia.

En lo que se relaciona con América Latina, pese a algunos conatos de intervenciones armadas y conquistas militares, la acción imperialista fue más sutil. Los grandes estados se preocupaban por lo pronto por tener una diplomacia eficiente, bien informada, con capacidad para intervenir en las cuestiones económicas y políticas más candentes.

La nutrida correspondencia diplomática y las más variadas documentaciones que se conservan como fruto de esta actividad prueban la importancia que se les asignó y constituyen, a la vez, por su carácter, una de las fuentes más valiosas para conocer la historia de esa época. Los cónsules se interesaban por fomentar los fletes para sus marinas mercantes, dispuestos a apoyarse en la marina de guerra cuando las circunstancias lo requirieran. Procuraban extender las condiciones favorables a la colocación de sus productos y obtener materias primas forzando las resistencias oficiales por todos los medios posibles.

Una muestra del espíritu intervencionista de los diplomáticos europeos nos la brindan las observaciones siguientes, que extraemos de la correspondencia de la representación francesa en el Uruguay. En una nota del 9 de marzo de 1888 se comentaba, a propósito de la creciente influencia económica argentina en el Uruguay, que faltaba poco para que se efectuara la unión política de estos dos países: "Ese día se constituirán los Estados Unidos de América del Sur, y Europa se encontrará frente a otra gran potencia en el nuevo mundo, con la cual habrá que contar antes de cincuenta años o algo más. Mientras tanto, ¿el papel de los estados europeos es dejar al tiempo cumplir tranquilamente su obra y no preocuparse del Plata? No es tal la opinión de mis colegas; tenemos en estas regiones, en efecto, un movimiento de negocios demasiado considerable como para poder desinteresarnos de los acontecimientos que parecen prepararse... Dejar a la República Argentina apoderarse de Montevideo sería entregarle la llave del

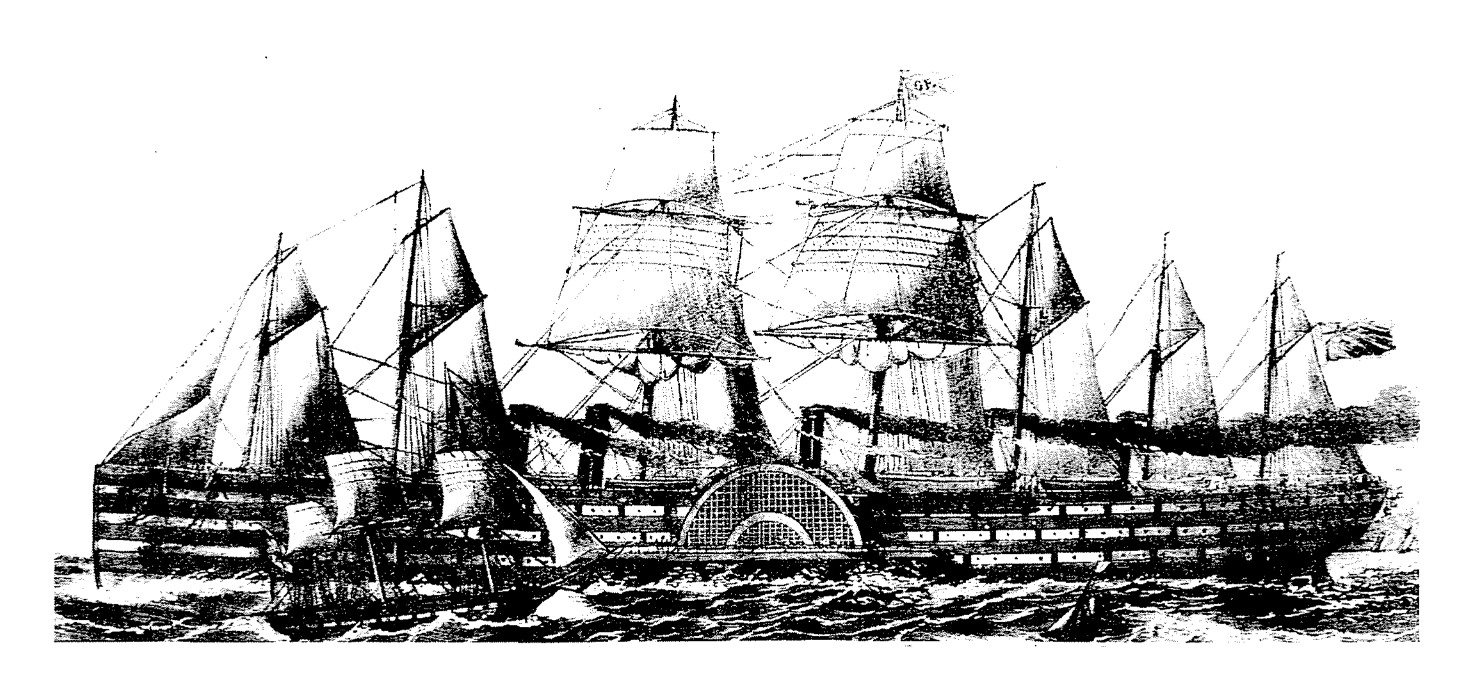
Plata". Y el diplomático francés concluye: "He creído necesario participar mis sentimientos a V. E. Le determinarán quizás a hacer más efectiva nuestra vigilancia marítima en estos parajes. Lo cierto es que los ingleses sabrán defender solos, si nosotros no queremos o no podemos unirnos a ellos, la libre navegación del Plata y del Paraná. Y que, si se produce el caso, no dejarán de asegurarse una preponderancia siempre útil a su comercio y a sus relaciones económicas con América del Sur".[1]

El primer objetivo de la política europea era la intensificación del comercio. Procurando mejorar sus condiciones exploraban las regiones, buscaban facilidades arancelarias y la cláusula de nación más favorecida, obtenían la libre navegación de los ríos y el rechazo de las ofertas comerciales de los rivales. Otro objetivo primordial en la política exterior de las grandes potencias se centraba en la defensa de sus súbditos y empresas.

De un modo más sutil, pero no menos persistente, las grandes potencias luchaban por afirmar una influencia que se iniciaba en el terreno cultural y terminaba en el campo más estrecho del beneficio económico, sin que encontraran mayores resistencias. Conseguían convencer o comprar a los gobernantes más reacios y conquistaban a las *élites* con la superioridad de los patrones de vida europeos, logrando puertas abiertas para la inversión de capitales. Las dificultades eventuales, que más dependían de los competidores extranjeros que de la resistencia latinoamericana, se fueron resolviendo paulatinamente. La independencia política había dado lugar a nuevas formas de dependencias. Compañías navieras, de cables telegráficos, empresas de producción, comercio y crédito, sociedades científicas y diversos institutos de intercambio, todo ayudaba a consolidar esta influencia. Una constante preocupación por los inmigrantes trascendía el interés normal por los propios súbditos: aquéllos constituían un ingrediente fundamental para la expansión económica y, por otra parte, acrecentaban los beneficios en los fletes transatlánticos.

Como hemos dicho, es difícil diferenciar la defensa de intereses comerciales y la acción imperialista. Las tentaciones eran muchas y sobraban oportunidades para que de la primera se pasara a la segunda. Tal orientación de las potencias dominantes, plenamente demostrada, entre otras pruebas, por la documentación de sus archivos diplomáticos, no debe extrañar si tenemos en cuenta sus supuestos ideológicos.

Trataremos de ir analizando ordenadamente los nódulos directrices de lo que se podría llamar justificaciones teóricas del imperialismo. Hay un denominador común de los mismos, compartido las más de las veces por las *élites* locales, y es lo que podríamos denominar la idea de la superioridad europea. En efecto, se había difundido en



Inglaterra tiende otras redes: marítimas...

esos tiempos la creencia de que el europeo tenía la pesada tarea de velar por los demás pueblos hasta que éstos se hallaran en condiciones de hacerlo por sí mismos. El europeo debía curar las plagas de éstos, educarlos, organizar su economía y construir sus ciudades, impedir el bandolerismo y las guerras fratricidas. Debía evitar que en la India se quemara a las viudas, que en China se deformase el pie a las niñas, que en Africa o Nueva Zelandia hubiera canibalismo y en América Latina guerras civiles y saqueos. Esta idea podía presentar ribetes racistas o religiosos; en otros casos se manifestó meramente como defensa apasionada del libre cambio y de la importancia de no oponer barreras a la expansión del capitalismo industrial, pero el resultado solía ser siempre el mismo.

Los Estados Unidos, que debían su nacimiento a la ruptura de los lazos coloniales, fueron poco a poco asumiendo una posición imperialista. Para explicarlo se ha señalado reiteradamente que la suya había sido una rebelión de colonos, no de colonizados, y por otra parte que su crecimiento económico y político los llevaba inevitablemente a esa posición.

Mientras tanto América Latina se resignaba a la dependencia y la mejor defensa de su autonomía política era la existencia de intereses rivales entre las potencias extranjeras.



y ferroviarias.

La política británica

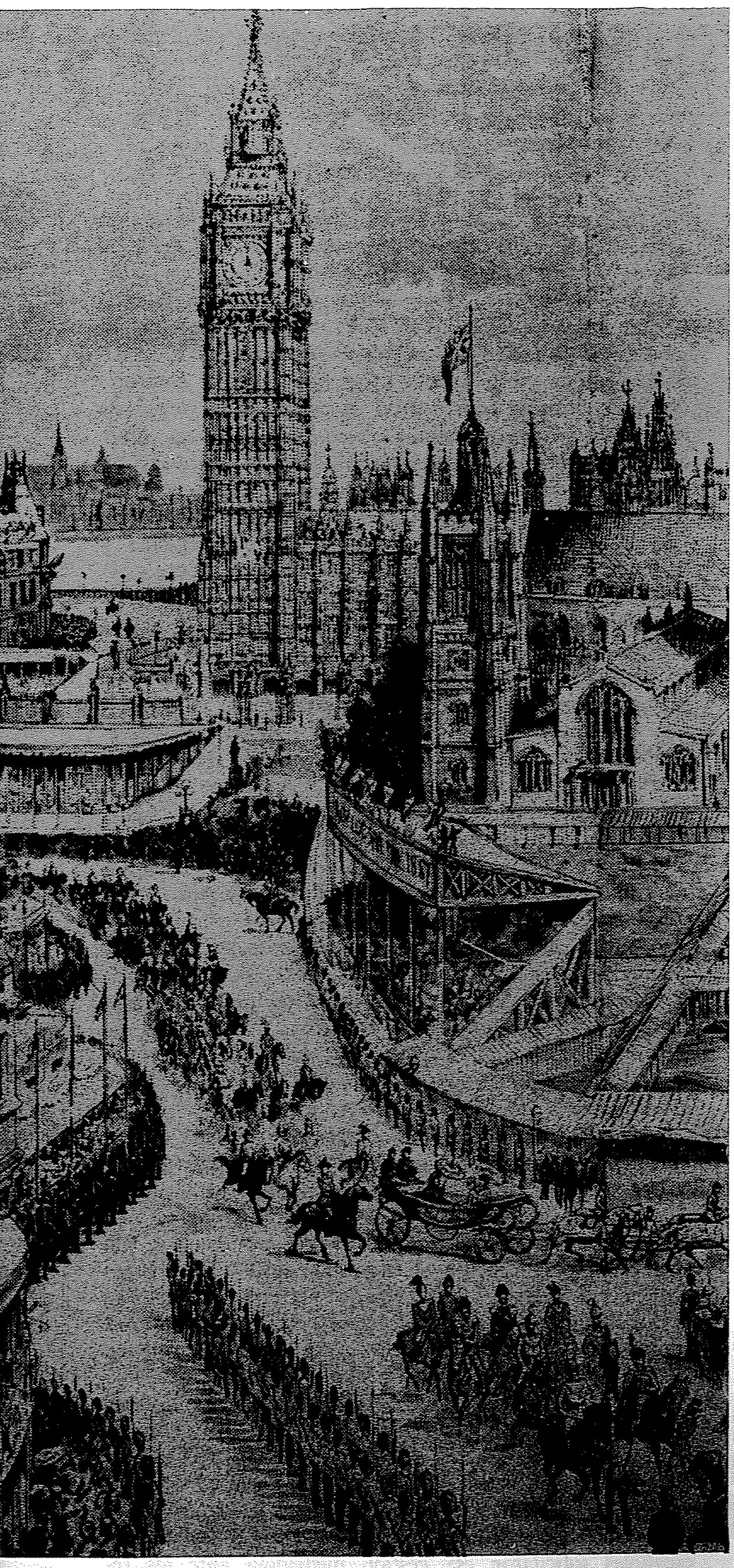
El ascenso de la posición internacional británica es anterior a la emancipación latinoamericana. Ya desde la paz de Utrecht y el tratado de Methuen, Inglaterra había ido obteniendo las concesiones que su progreso económico le permitía imponer a los imperios hispano y lusitano. El monopolio de la trata de negros, la autorización de arribo de los navíos de permiso y otras facilidades al comercio de Gran Bretaña, fortalecieron la política que surgió de su interés por los metales preciosos de las Indias, obtenidos al principio por los ataques de sus corsarios y un intenso contrabando. Poco a poco los comerciantes y políticos ingleses empezaron a apreciar los posibles beneficios de una apertura total del comercio de estas regiones y hasta de una eventual sucesión de los viejos amos.

Desde la emancipación de las colonias inglesas de América del Norte hasta casi un siglo después, Inglaterra disfrutó de las ventajas de su desarrollo industrial, que le permitió beneficiarse intensamente del libre cambio, pero esto, como veremos, no debe interpretarse en un sentido demasiado estricto. A su vez, la vida británica interesaba a los latinoamericanos. Desde fines del siglo XVIII, la evolución política inglesa atrajo la atención de visitantes y estudiosos de América Latina. Francisco Miranda había mantenido conversaciones con el ministro William Pitt tratando de interesarle en la independencia de Hispanoamérica. En 1797 el estado de guerra contra España, como consecuencia de la alianza que ésta mantenía con Francia, hizo alentar esperanzas a muchos, mientras que Miranda y otros se transformaban en verdaderos agentes británicos. Al mismo tiempo, el desprestigio de la corte española bajo Carlos IV (1788-1808) echó por tierra las ilusiones reformistas forjadas en la época de Carlos III.

Más audaces que los gobernantes, los marinos británicos atacaban de lleno al monopolio colonial.

En 1808 el cambio de la situación en España, al surgir un movimiento de resistencia contra los franceses, hizo más cautelosos a los británicos en su política hacia la América hispana, pues no querían perder sus nuevos aliados continentales. El traslado de la corte portuguesa a Río afirmó sus posiciones en el Brasil, al lograr aquí libertad de comercio y tarifas de privilegio para sus mercaderías, al mismo tiempo que su representante en esa capital, Lord Strangford, pasaba a desempeñar un papel importante en la política regional.

Pero la conducta británica no podía ser completamente clara. En abril de 1811 propusieron a las autoridades españolas en Cádiz la firma de un tratado comercial que abriese los puertos americanos a sus barcos, comprometiéndose a mediar ante los rebeldes, pero las Cortes rechazaron esa propuesta. Un año más tarde los propios españoles solicitaron esa gestión mediadora ante los rebeldes del Caribe y el Río de la Plata, pero el gobierno



Londres celebra. . .

de Su Majestad británica puso una condición: toda solución del conflicto debía ser obtenida por medios pacíficos y sin que España se asegurara de antemano ventajas secretas. Mientras tanto lord Strangford, desde Río, coadyuvaba en la contención de los primeros planes portugueses para extender hasta el Río de la Plata la frontera del imperio lusitano. La alianza con España no impidió la llegada de mercaderías británicas al mercado americano. Luego de la derrota de Napoleón, Inglaterra participó en el Congreso de Viena, donde sus reivindicaciones son aparentemente moderadas: se hizo reconocer la posesión de Trinidad y de la Guayana al tiempo que obtuvo una declaración favorable a la libre navegación de los ríos que recorrieran territorios de más de un país y otra contraria a la trata de los esclavos africanos. A partir de esa fecha su política hacia el territorio americano se fue haciendo más definida. Armas y recursos británicos vinieron progresivamente en apoyo de los insurrectos. Capitales británicos, en forma de empréstitos, fueron afianzando a las nuevas potencias, con las que desde 1822 el gobierno inglés estableció relaciones consulares. Poco después, Gran Bretaña reconoció la independencia de Argentina, México y Colombia. En 1831 hizo lo mismo con Chile.

Los británicos procuraron sin éxito que los nuevos estados adoptaran la monarquía como forma de gobierno. No ocultaron su hostilidad a los planes bolivarianos cuando la convocatoria del Congreso de Angostura en 1826, y procuraron siempre evitar el surgimiento de grandes estados por considerarlo contrario a sus intereses. La hegemonía británica sobre América Latina llegó, para esa época, a transformarse en modelo de dependencia económica sin lazos coloniales. La mayor parte de los intereses británicos estaban suficientemente defendidos por la simple posibilidad de competir libremente en los mercados del mundo, ya que la temprana revolución industrial operada en la isla los había colocado en la más ventajosa posición para ofertar a precios bajos. No obstante, en muchos casos la acción de su diplomacia o de sus hombres de negocios logró ventajas complementarias a las emergentes del libre juego de la oferta y la demanda. En el tratado de 1810 concertado con la corte portuguesa en Río, por ejemplo, habían obtenido que el impuesto general *ad valorem* del 24 % para toda mercadería extranjera, que bajaba al 16 % cuando se trataba de mercaderías portuguesas, fuera del 15 % para las de origen británico.

Su insistencia en resolver el pleito entre Argentina y Brasil mediante la creación de un pequeño estado independiente en la Banda Oriental, muestra claramente el deseo de asegurar sus intereses en el Río de la Plata.

La lucha por la supresión de la trata de africanos y la abolición del trabajo esclavo no es ajena a la facilidad con que habían resuelto el problema de la mano de obra en sus posesiones (por su abundancia en la India, principalmente) ni a su designio de expandir el régimen del trabajo asalariado, que aumentaría las posibilidades de demanda para el consumo de sus productos como uno de los beneficios de la economía del capitalismo industrial, en cuyos abanderados se habían convertido.

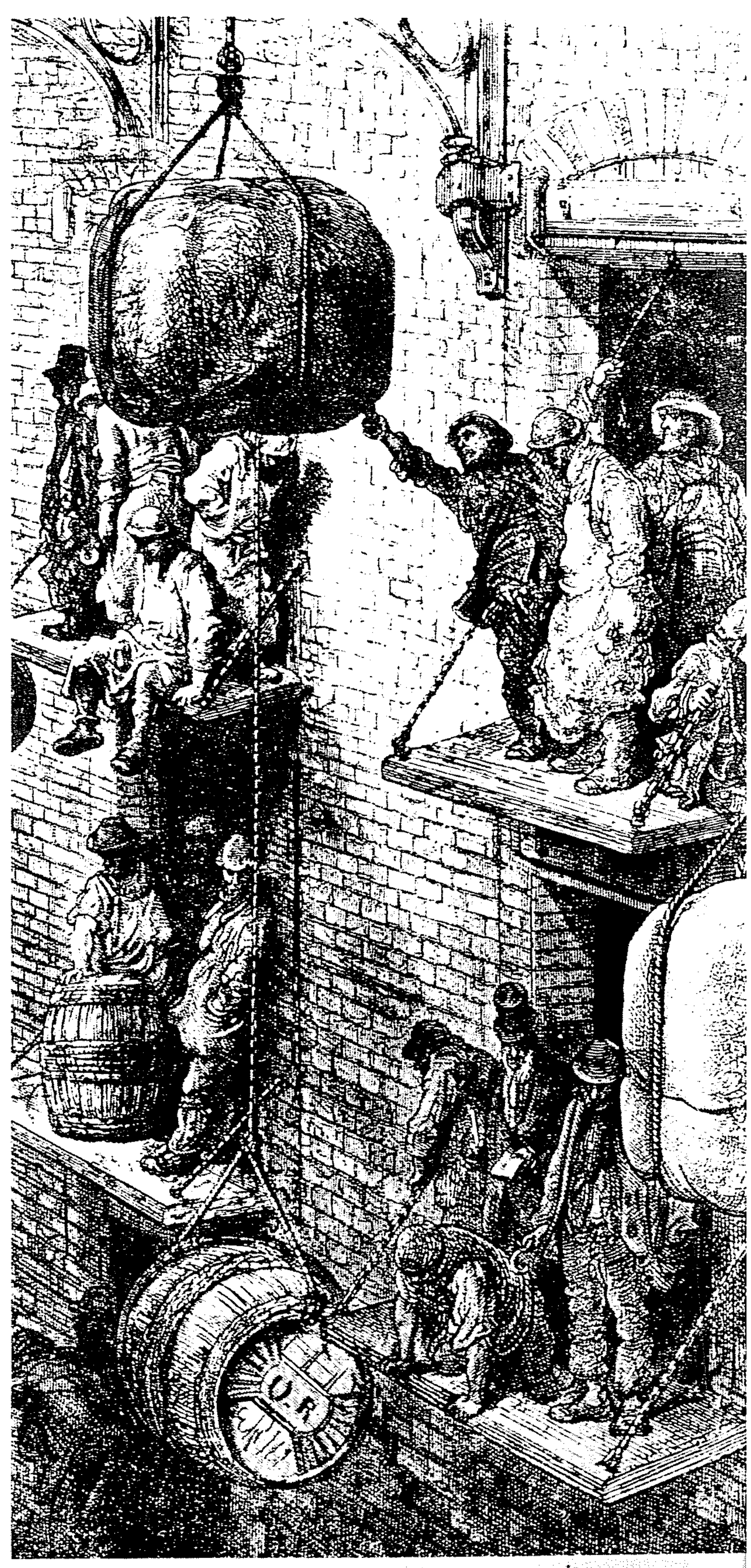
Los empréstitos británicos eran cuidadosamente cal-

culados. La diplomacia velaba celosamente por que, en los hechos, las economías latinoamericanas fueran tan sólo un complemento de la británica. "En América Latina el inglés es todavía, en cierta medida, un «milord»... Han venido como representantes de firmas, compañías, sindicatos poderosos. Son gerentes de casas filiales, ingenieros, viajeros, deportistas, financistas. El británico de clase baja es difícil de encontrar, al revés de lo que ocurre con inmigrantes de otros países europeos y americanos. No ha habido afluencia de inmigrantes ingleses de las clases pobres. Inglaterra es el país que en gran parte ha financiado los ferrocarriles, y éstos, en los países latinoamericanos, son cosas que llegan más al corazón del habitante de lo que es imaginable en Inglaterra, Francia o Alemania... En las ciudades de México y Sudamérica se encuentran ferreterías y otros comercios alemanes, así como merceros y sastres franceses, junto a almaceneros, hoteleros y dueños de restorán españoles e italianos; todos ellos valiosos agentes de comunidades en desarrollo, pero de menor reputación que aquellos extranjeros que dirigen bancos, grandes establecimientos mayoristas, construyen minas y fundan grandes haciendas azucareras, ganaderas o algodoneras. Inglaterra no necesita esforzarse: la tradición, el tiempo y su buen nombre trabajan para ello".[2]

El sistema británico tenía varios elementos fundamentales. La aplicación del vapor había colocado a la marina inglesa en condiciones de superioridad, no solamente desde el punto de vista bélico sino también en la competencia comercial del transporte marítimo en todos los mares del mundo. La revolución industrial le dio una abundante producción fabril para ofertar, cuyas cantidades y precios le aseguraron el predominio en los mercados. Su eficaz organización financiera y bancaria le permitió acumular e invertir sus capitales en el fortalecimiento del propio sistema. Y por cierto que las empresas de la época exigían cifras cuantiosas y hasta entonces inusitadas en la lucha por los fletes o la competencia de productos, así como en la formación de stocks de artículos alimenticios y materias primas procedentes del mundo colonial. Inglaterra dispuso asimismo de personal competente para el funcionamiento de esos complejos mecanismos de empresa.

Fue la anticipada defensa de ese orden lo que llevó a Inglaterra a la más firme oposición contra los planes favorables a la restauración del colonialismo español, formulados por la Santa Alianza, y a la misma causa obedecen la intervención británica en el Río de la Plata contra la política de Rosas (conjuntamente con Francia) y la persecución cada vez más severa de los navíos negreros, que no sin lucha culminó con la eliminación absoluta del pasaje de esclavos por el Atlántico al mediar el siglo XIX.

Ya en 1833 tropas inglesas habían ocupado las islas Malvinas, a las que declararon propiedad de la corona británica pese a las reiteradas protestas argentinas. En 1861, conjuntamente con España y Francia, Gran Bretaña inició una intervención en México, aunque las tropas inglesas y españolas se retiraron después de la ocupación del puerto de Veracruz, al verse claramente que Francia aspiraba a algo más que a un simple cobro de deudas. Al año siguiente, Gran Bretaña y Francia presionaron a Ar-



y se enriquece.



La reina Victoria agasaja a todos los príncipes de Europa.

gentina y Uruguay para exigir el pago de las deudas contraídas en la guerra contra Rosas. La intervención mal encubierta del primero de aquellos países en la guerra del Pacífico, en la cual Chile derrotó a Perú y Bolivia (lucha por las explotaciones salitreras), hizo decir a muchos que se trataba de una guerra británica. En 1895 se registró un nuevo intento de intervención británica en Venezuela, y otro más en 1902, esta vez de consuno con Alemania e Italia, pero ambos intentos fueron frustrados por la presión norteamericana.

A esta altura, ya la hegemonía británica había encontrado rivales poderosos. Los Estados Unidos obstaculizaban sus reclamaciones y minaban su sistema. La paulatina afirmación de los norteamericanos en el Caribe culminó con el desconocimeinto del tratado de Clayton-Bulwer y la intervención decisiva en Panamá: primera vez que el león británico cedía paso a otra potencia en la puja por el dominio de un centro estratégico de tan grande importancia para las comunicaciones mundiales.

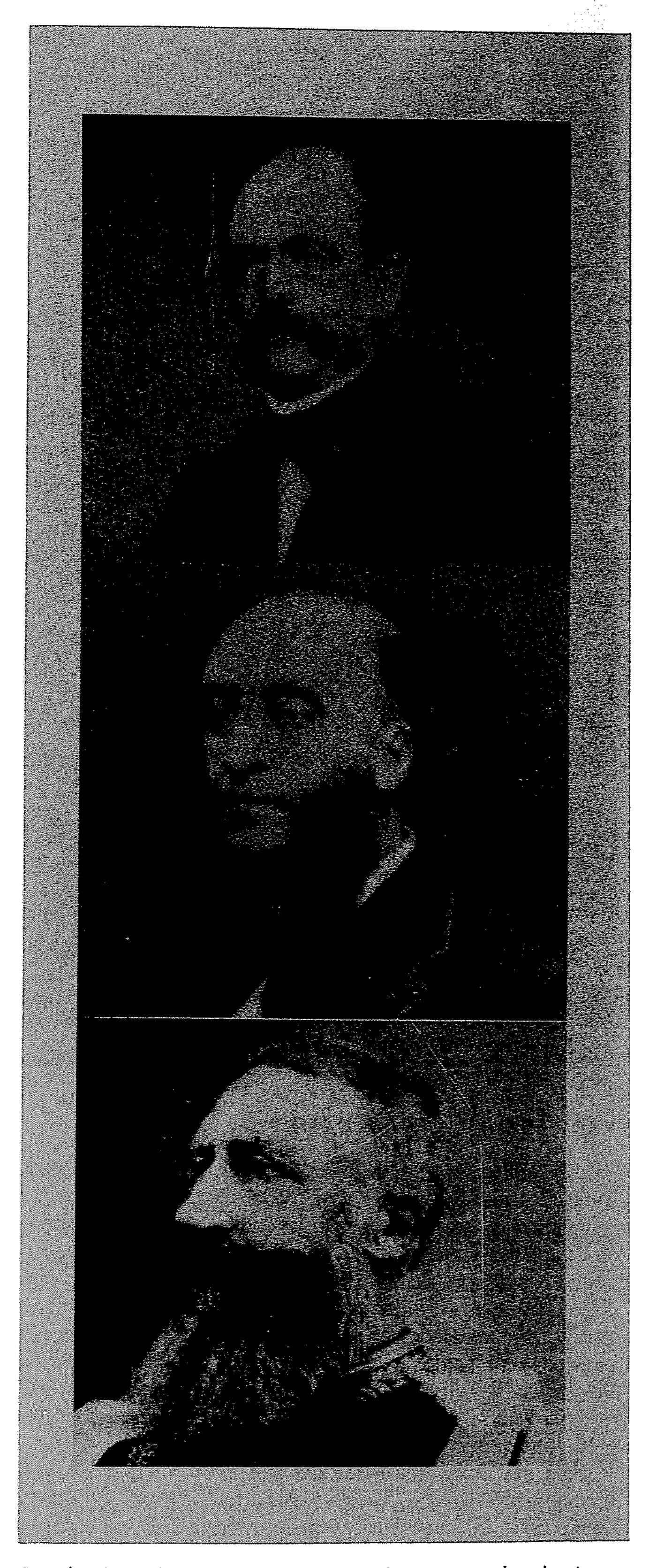
Los competidores europeos

En su política de acción e influencia sobre América Latina, Inglaterra no sólo hubo de aceptar la compañía de los Estados Unidos. Había otras potencias rivales. De ellas, Holanda representaba más que nada una supervivencia del pasado. No obstante, sus intereses en la Guayana y en múltiples islas del Caribe, de las cuales Curaçao es la más importante, trascendían la significación económica de sus posesiones, dada la posición singularmente estratégica ocupada por éstas. Base de traficantes y piratas, como Tánger en Africa, Curaçao transitará lentamente hacia otras formas más modernas, pero igualmente ilegales y rendidoras: tal el papel que hoy ha llegado a cumplir como uno de los centros internacionales de tráfico de divisas y actividades bancarias tendientes a evadir los impuestos de diferentes estados.

También debe señalarse el papel del naciente estado de Bélgica en la promoción de actividades comerciales y financieras en territorio latinoamericano.

En cuanto a Francia, la acción directa que quiso desempeñar resultó en cierto modo inversamente proporcional a la enorme influencia cultural que estaba destinada a ejercer.

La transformación ideológica efectuada en el siglo XVIII conmovió hondamente los ambientes cultos de América Latina, donde los enciclopedistas encontraron atentos lectores y hasta traductores. La influencia ideológica de la Revolución Francesa, con todo, no logró cuajar sólidamente en las instituciones iberoamericanas, pese a las diversas (y frustradas) conspiraciones en ella inspiradas. Apenas si se debe anotar como temprano fruto la revolución de Haití de 1804, única rebelión latinoamericana triunfante en cuyo origen hubo una participación masiva de una raza sometida.



Las demás naciones europeas no se resignan a quedar detrás en la expansión comercial o territorial. Por ello lucharon Otto von Bismarck y Jules Ferry. Hasta Leopoldo II, rey de la pequeña Bélgica creía "llegado el momento de extendernos hacia afuera".



Napoleón III visita Inglaterra. . .

El advenimiento de Napoleón al poder llevó hacia América a numerosos enviados con el cometido de provocar agitaciones y crear un clima favorable al reconocimiento de José Bonaparte, pero la revolución ha de surgir precisamente animada de un espíritu contrario, donde al principio aparecieron unidos el autonomismo y un peculiar sentido de fidelidad a la corona española. Con la caída del imperio napoleónico y el advenimiento de la restauración, Francia se volcó a favor del absolutismo español (a cuya reimplantación en la península ibérica ayudó activamente) y en contra de las colonias rebeldes.

La monarquía burguesa del año 1830 inició relaciones con algunos estados latinoamericanos y participó activamente en la intervención contra Rosas en el Río de la Plata.

La revolución francesa de 1848 fue muy celebrada en América Latina, donde tenían cierta influencia los grupos de emigrados franceses (muchos de ellos saintsimonianos y republicanos de tendencia radical). La contrarrevolución en Francia y el advenimiento de Napoleón III aceleraron justamente este tipo de emigración, al tiempo que aquélla enviaba a la "guillotina seca" de la Guayana un considerable número de opositores al régimen. Los sueños de grandeza de Napoleón III contribuyeron al fallido intento de crear un imperio vasallo en México, con lo que el prestigio francés se vio afectado en América Latina. La Tercera República concedió mayor interés al mantenimiento de la influencia cultural y a la acción de los emigrantes como medios de fortalecer las vinculaciones económicas que el nuevo capitalismo francés contribuía a desarrollar. En esa época se dio preferente atención al establecimiento de compañías navieras y empresas subsidiarias, así como establecimientos bancarios. Resulta curioso comprobar cómo, en contraste con esa frustrada vocación imperial, los grupos de *élite* de América Latina fueron adoptando cada vez más la educación y los patrones de vida franceses. La calidad de los productos galos ejerció un atractivo especial en las

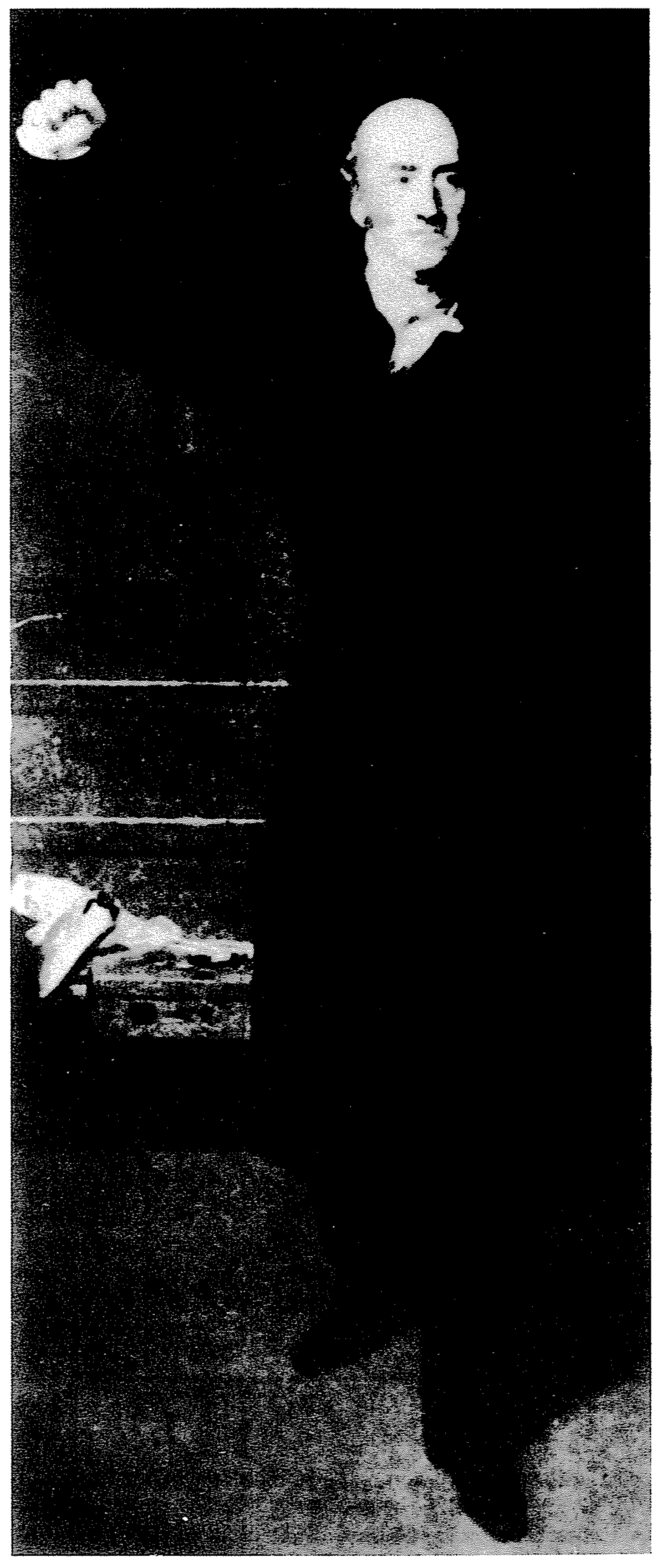


antes de concebir su "grandioso proyecto" de México.

clases altas; al consumo suntuario se unieron múltiples lazos intelectuales en un momento en que España tenía poco que ofrecer y cuando todavía pesaba respecto a ella el recuerdo de las luchas de la independencia. Mientras que los británicos disfrutaban de las ventajas de su predominio económico, los franceses robustecían su influencia en el frente cultural.

En cuanto a la política italiana, su drama consistía en la contradicción entre la tendencia a organizar el estado nacional y la deserción masiva de su población hacia tierras americanas. En 1861, Víctor Manuel, al triunfar el movimiento de unidad, fue proclamado rey de Italia. Desde 1862 en adelante habrá delegaciones italianas que no dejaron de tener un importante papel. Así, por ejemplo, ante la acción conjunta franco-inglesa para el cobro de indemnizaciones por los perjuicios de la guerra contra Rosas, el representante italiano Barbolani llegó a gestionar un protectorado italiano como garantía de la neutralidad uruguaya, aprovechando la presencia de la corbeta regia Iride en la rada de Montevideo.[3] Pero eligió mal momento, porque existía una prevención general anti-europea a consecuencia de la intervención francesa en México y Perú y hasta se había entablado conversaciones tendientes a lograr una alianza americana. Por todo esto los representantes italianos debieron limitarse a velar por sus súbditos y los intereses generales del comercio.

La posición española estuvo marcada por el antecedente colonial y el recuerdo de las luchas de la emancipación. La afluencia de emigrantes y las múltiples declaraciones fraternas, que encubrían mal un tono paternalista, no impidieron algunas medidas más concretas. En 1829 se registró una fracasada expedición española contra México, con la intención de restaurar en el antiguo virreinato la dominación de la metrópoli. En 1861 España participó en los comienzos de la expedición francesa a México, mas se retiró pronto. El mismo año, por invitación del dictador



El Ministro inglés George Canning había expresado: "La tarea está cumplida, el clavo está colocado. América hispana es libre y, si nosotros no manejamos nuestros asuntos con torpeza, es inglesa".

dominicano Gral. Santana, se vuelve a hacer cargo de ese territorio, situación que duró cuatro años. En 1864 ocupó las islas Chinchas y entró en guerra con Perú (cuya independencia no había reconocido). Chile, Ecuador y Bolivia se pusieron del lado de Perú y las islas fueron devueltas luego de ser satisfechas las reclamaciones españolas. Después de la guerra contra Estados Unidos en 1898, España perdió las dos últimas posesiones americanas que conservaba, Cuba y Puerto Rico, así como las Filipinas. No obstante, sus vinculaciones eran demasiado fuertes y los intereses de emigrantes y comerciantes incitaban a procurar un robustecimiento de las mismas, lo que se hace ahora en nombre de la hermandad de raza y la defensa de la hispanidad.

Alemania, por su lado, tardíamente unificada y con una emigración relativamente escasa (si se exceptúa la que se dirige a Brasil y Chile), no por eso dejó de interesarse activamente por América Latina, estableciendo líneas de navegación y tratando de mejorar sus vínculos comerciales. Los alemanes, en sus relaciones con este continente, se caracterizaron por su extremada eficiencia y la amplitud de sus créditos. La competencia fue *in crescendo* hacia fines del siglo y hasta los albores de la primera guerra mundial.

Los Estados Unidos

Ya antes de la independencia de los Estados Unidos había comentado el duque de Sully:

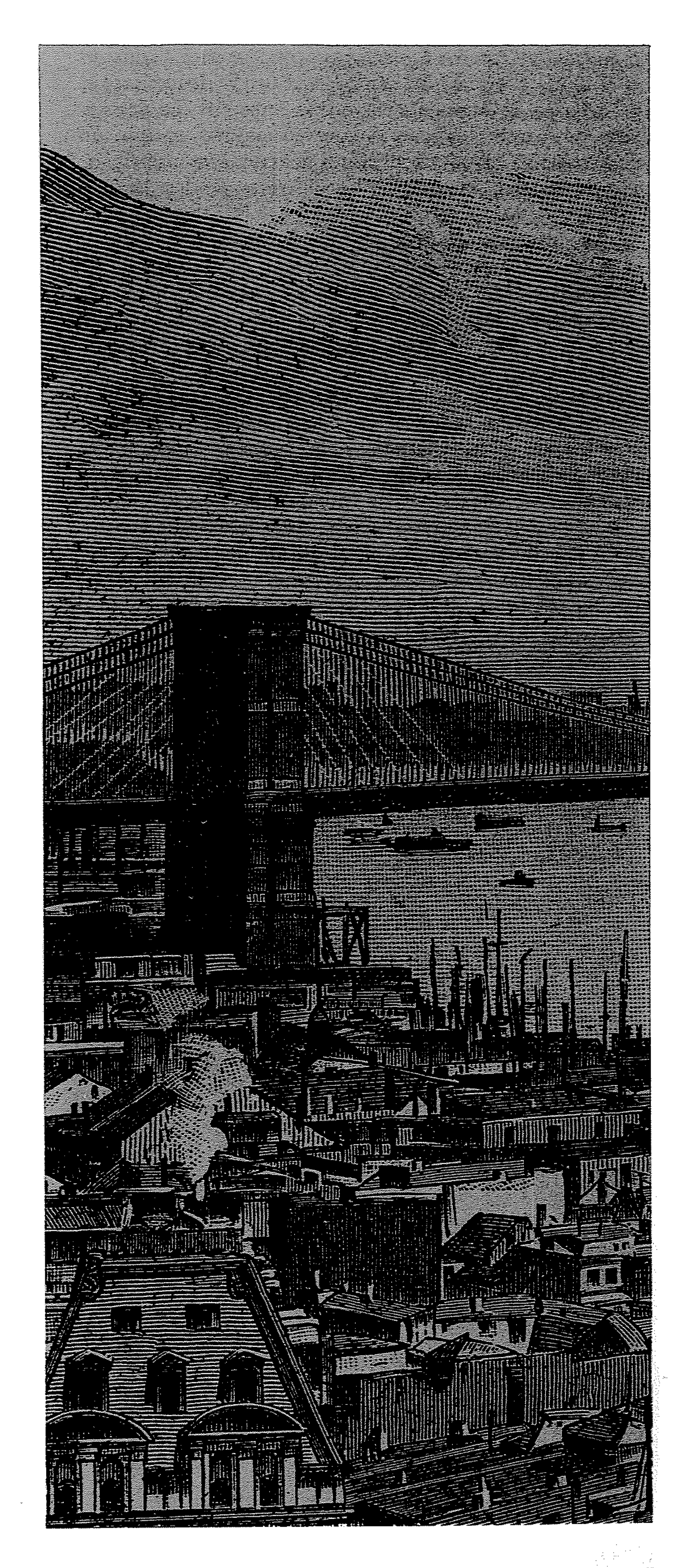
"La Nueva Inglaterra es tal vez más temible que la antigua para las colonias de España. La población y la libertad de los ingleses americanos parecen anunciar de lejos la conquista de las más ricas regiones de América y el establecimiento de un nuevo imperio inglés, independiente del europeo".

Con la independencia, el comercio norteamericano se desarrolló notablemente. Para ese entonces los veleros de Boston y otros puertos norteamericanos recorrían las costas del Pacífico, ocupados en un intenso tráfico que entre otras cosas dio origen a un nuevo comercio triangular, al decir de Pierre Chaunu: canje de harinas norteamericanas por pesos de plata españoles y de éstos por sedas del Extremo Oriente. La guerra entre España e Inglaterra dio gran impulso al comercio norteamericano con el sur, hacia donde llevaban preferentemente harina y esclavos, y se aprovechó esta ocasión para abrir consulados en varios puertos de las posesiones españolas: Nueva Orleans, La Habana, Santiago de Cuba y La Guaira. Más adelante, la alianza entre Inglaterra y España contra Bonaparte dividió a los estadounidenses. Mientras que los comerciantes del Norte prefirieron cuidar las buenas relaciones con los nuevos aliados, para ser sus abastecedores, las regiones cerealeras se interesaron en una política de incremento de la exportación hacia América Latina. Un mensaje del presidente Madison del 5 de noviembre de 1811 provocó un

acuerdo de las Cámaras en Washington que llegaba a la expresión siguiente: "...Mirar con amistoso interés el establecimiento de soberanías independientes en las provincias españolas de América...", y hasta estarán decididos a establecer relaciones cordiales con esas provincias una vez que hayan accedido a la condición de naciones.

La zona predilecta para la expansión del comercio norteamericano fue, desde luego, el Caribe. El tráfico se vio algo afectado por la reanudación del estado de guerra contra Inglaterra (de 1812 a 1814) y también porque a medida que avanzaba el siglo XIX su marina de veleros era cada vez menos eficiente frente al crecimiento de las grandes flotas europeas de vapores, principalmente británicas. La expansión interior absorbía por otra parte a los capitales y hombres de empresa disponibles, mientras que el desarrollo industrial aún incipiente todavía no le permitía entrar a competir en buenas condiciones. No obstante lo anterior, los Estados Unidos mantuvieron cierto apoyo a las colonias en lucha, lo que se manifestó diversamente. Poinsett, enviado consular norteamericano, llegó a ser diligente consejero de Carrera en Chile. Las constituciones norteamericanas, divulgadas por el libro de Thomas Paine, se transformaron en herramientas valiosas en manos de los rebeldes. Hacia 1817, cuando surgía como posible la independencia hispanoamericana, el presidente de los Estados Unidos decidió enviar nuevas misiones hacia esos territorios. En 1822 reconocieron a México y Colombia, en 1823 a Chile y Argentina. El famoso mensaje del presidente Monroe (2 de diciembre de 1823) fue una consecuencia indirecta de las gestiones del ministro británico Canning para hacer una declaración conjunta anglonorteamericana condenando las intenciones de la Santa Alianza en el sentido de intervenir a favor de España en América Latina. El presidente norteamericano no aceptó el criterio de formular una declaración conjunta, pero aprovechó su mensaje anual al Congreso para afirmar que su país se opondría a los intentos de intervención europea contra los países de América Latina declarados independientes. Señaló Monroe que "los continentes americanos, por la condición libre que han asumido y mantienen, no deben ser considerados en adelante como sujetos a la futura colonización por potencia europea alguna". Y agregaba: "Debemos, por lo tanto, dada la sinceridad y las amistosas relaciones que existen entre los Estados Unidos y esas potencias, declarar que consideraremos cualquier intento por su parte, de extender su sistema político a cualquier lugar de este continente, como peligroso para nuestra paz y seguridad. En las actuales colonias y dependencias de cualquier potencia europea no nos hemos inmiscuido y no nos inmiscuiremos. Pero con respecto a los gobiernos que han declarado su independencia y la han mantenido y cuya independencia nosotros, basándonos en una gran consideración y principios justos, hemos reconocido, no podríamos ver cualquier interposición con el propósito de oprimirlos, o de controlar de cualquier otra manera su destino, por cualquier potencia europea, de otro modo que como la manifestación de una disposición inamistosa con respecto a los Estados Unidos".

Un error frecuente ha consistido en englobar la



actitud de los Estados Unidos para con América Latina en un variable conjunto de principios bajo la denominación de "doctrina de Monroe", por demás imprecisa. La desconfianza y el rechazo frente al intervencionismo europeo de miras colonialistas se vinculaban a determinados principios, pero respondían también a los intereses de los Estados Unidos.

La "doctrina de Monroe" no fue recordada durante las evidentes intervenciones británicas en la década de 1830 en América Central (tendientes a ampliar el territorio de Honduras británica), ni cuando Gran Bretaña ocupó en 1833 las islas Malvinas, ni cuando el bloqueo francés de México y Argentina, en 1838, o las operaciones anglo-francesas en el Río de la Plata en 1845. También es cierto que esa doctrina cedió terreno, para limitarse a simples declaraciones, ante amenazas muy concretas, durante la guerra de Secesión norteamericana, y que luego se fue extendiendo por el agregado de corolarios sucesivos. El error de muchos ha sido quizás el asignarle demasiado significación a la doctrina en sí misma, en vez de seguir el conjunto de la evolución de la política norteamericana. Por este motivo deben analizarse los cambios de esta política bajo tres rubros fundamentales: la expansión de la frontera norteamericana, el problema de Panamá y los orígenes del panamericanismo.

La expansión de la frontera norteamericana se logró en una serie de etapas. En 1803 Francia vendió a Estados Unidos la Luisiana (casi un tercio de la superficie actual de los EE. UU.). En 1819 España hizo lo mismo con la Florida. En 1835-36 Texas se separó de México, proclamándose independiente, por influencia de los colonos norteamericanos, y pasó a integrar la Unión en 1845. Al estallar, a consecuencia de esto, la guerra entre México y los Estados Unidos, se impusieron estos últimos y se incorporaron definitivamente (en 1848) una inmensa franja de territorio constituido por Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Colorado, cuyos nombres españoles dicen lo suficiente respecto a su origen. Alrededor de la mitad del territorio mexicano había pasado a los Estados Unidos y la frontera quedaba fijada por el Río Grande.

El problema de Panamá fue en parte consecuencia de la política de afirmación del predominio norteamericano en el Caribe y en parte un problema de estrategia en las



Philippe Buneau-Varilla instigó, financió y llevó a cabo una revolución en el estado colombiano de Panamá. T. Roosevelt impidió al gobierno de Colombia detener la secesión y, años más tarde se jactaba: "Tomé el Istmo".

comunicaciones. El istmo de Panamá adquirió singular relevancia para los viajes hacia California, recobrando la importancia perdida desde la Colonia, ya que por temor a los saqueos de sus galeones, España había abandonado esta ruta, prefiriendo la marcha tierra adentro desde el Perú a Cartagena. Se trataba de una zona particularmente castigada por las epidemias, y en especial por la fiebre amarilla, pero el descubrimiento de oro en California incentivó la urgencia por el cruce del istmo por parte de los viajeros que querían evitar el peligroso tránsito por inmensos territorios dominados todavía por el indio. La intensidad del tráfico fue tal que una empresa norteamericana abordó la construcción de un ferrocarril transoceánico, durante la cual murieron millares de obreros. Esa línea férrea permitió acortar en algunas semanas el viaje a San Francisco. Después se establecieron comunicaciones regulares con barcos a vapor de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, España y Holanda. Gracias al ferrocarril de Colón a Panamá, los Estados Unidos habían puesto un pie en el istmo, provocando la intranquilidad británica. Por eso se llegó a la firma del tratado de Clayton-Bulwer, que preveía la neutralidad del istmo y del futuro canal interoceánico y prohibía a las potencias contratantes adquirir territorios en América Central. Con Ferdinand de Lesseps surgió la competencia imprevista de Francia, pero esos esfuerzos estaban condenados al fracaso. Merced a la gestión personal del presidente Theodore Roosevelt, los Estados Unidos compraron los materiales y derechos de la compañía francesa, provocaron la escisión de Panamá —que en 1903 se declaró independiente de Colombia— y terminaron la empresa, ahora a cargo del estado norteamericano. Se calcula que en el período francés murieron cerca de 22.000 obreros en los trabajos del canal. Un factor importante para su terminación fue el hallazgo de métodos eficientes para combatir la fiebre amarilla. También, el que ahora se hiciese cargo de las obras el ejército norteamericano y que los gastos fuesen pagados en su totalidad por el gobierno de los Estados Unidos, con lo que este país quedó en una posición de privilegio para controlar el canal y extender su influencia en la región. La nueva vía de comunicación se inauguró el 14 de agosto de 1914, treinta y cinco años después de la primera tentativa de Ferdinand de Lesseps.

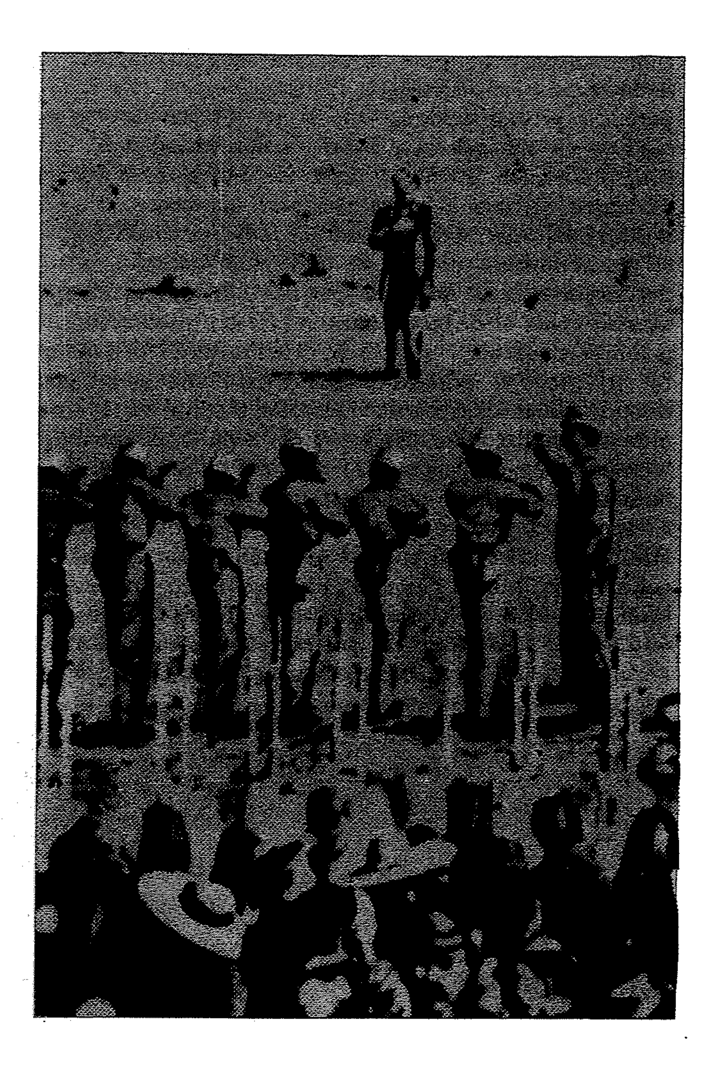
En cuanto a los orígenes del panamericanismo, puede considerarse que arrancan de 1881. En esa fecha el secre-



Theodore Roosevelt, dirigiéndose al Senado de los EE. UU., expresaba: "cuando la cuestión de que se trata es una reclamación monetaria, el único camino que queda, finalmente, para cobrarse, es el bloqueo, un bombardeo o la incautación de las aduanas". Con arreglo a la doctrina Monroe, los EE. UU. "no pueden consentir que ninguna potencia europea se apodere del territorio de una de esas repúblicas" ..."a menos que Estados Unidos haga la intervención".

tario de estado norteamericano, James Blaine, convocó a la primera conferencia panamericana, que se reunió finalmente en Washington en 1889. La idea era más inteligente y de mayor alcance que una simple declaración unilateral del tipo de la doctrina de Monroe: se trataba de convocar a todas las repúblicas para proponerles un vasto programa de cooperación política y económica que incluiría normas referentes al arreglo de diferendos mediante arbitraje, la codificación del derecho internacional americano, la unificación de regímenes consulares y monetarios, la unión aduanera, la construcción de un ferrocarril panamericano, el establecimiento de líneas de navegación y el estudio de relaciones entre las universidades. Eran éstos los principios generales atrás de los cuales se insinuaba la intención norteamericana de crear un organismo en el que se reservaba un papel hegemónico. Prueba de ello es que al crearse una oficina de las repúblicas americanas se fijó su sede en Washington y que pese a las sucesivas modificaciones que experimentó, este organismo nunca asumió posiciones contrarias a los intereses de los Estados Unidos. Por otra parte, al aproximarse el final del siglo, la política exterior de los Estados Unidos fue adquiriendo un señalado tono imperialista. Se había dado una serie de condiciones favorables para esto: el fin de la expansión de su frontera coincidía con el fortalecimiento de una economía capitalista en pleno desarrollo, que no encontró en su seno vestigios de otras estructuras tradicionales. Por otra parte, el clima espiritual estaba bien preparado por la aparición de múltiples teóricos y voceros de un nacionalismo expansionista. En el lapso que va desde fines de la Guerra de Secesión hasta la terminación de la guerra contra España, Estados Unidos se transformó en una potencia que reclamaba un sitial en el concierto internacional y un papel hegemónico en el Mar de las Antillas y sus aledaños.

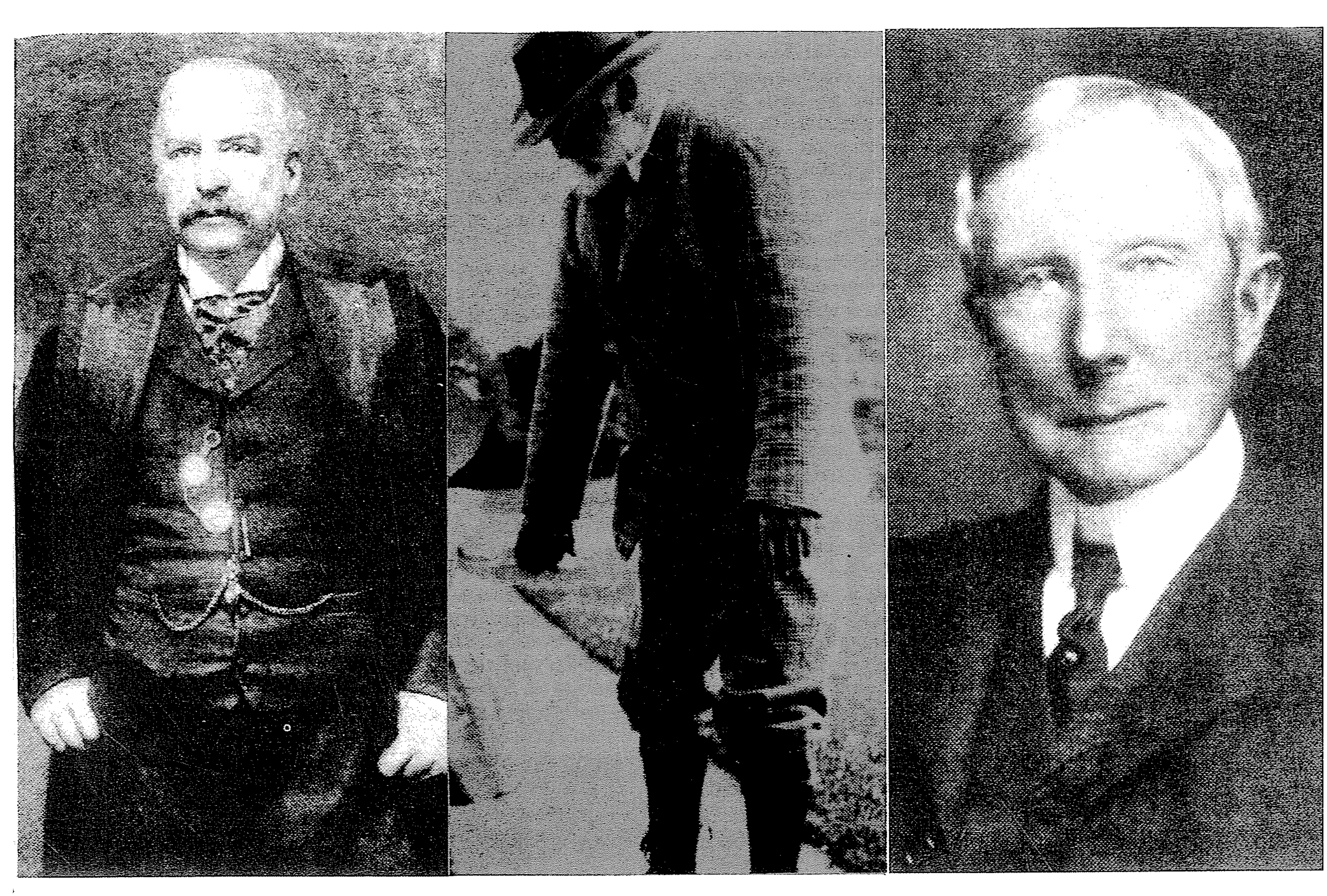
En una correspondencia comercial de la legación francesa en Montevideo, se comentaba el 17 de julio de 1894: "...El Congreso Panamericano de 1889 y las propuestas de unión aduanera que allí han nacido, después el proyecto de línea central de ferrocarril desde Nueva York a Montevideo, me han proporcionado ya numerosas ocasiones para informar al Departamento de las gestiones por las cuales el gobierno de Washington tiende a enfeudar a las repúblicas latinas del sur a su política comercial y financiera, con vistas a establecer su hegemonía sobre las tres Américas. En sus comienzos, esas gestiones parecían no producir más que pocas consecuencias prácticas en los países de mi residencia. A juzgar por ciertos indicios las desconfianzas instintivas comenzarían a atenuarse. El Uruguay se inclina a imaginarse que sus productos encontrarán facilidades de colocación en un país de industria tan emprendedora como los Estados Unidos. Los hombres de negocios y los especuladores muestran ya algunas veleidades, buscando sacar partido de la buena voluntad que les testimonian los capitalistas, los grandes industriales y el comercio mayorista norteamericano; consideran menos que antes la ruina a la cual estarán probablemente expuestas sus industrias nacientes desde que, a cambio de las ventajas ilusorias para sus exportaciones, ofrezcan facilidades particulares a la invasión de productos manufacturados de importación norteamericana...".[4]



Fusilamiento de Maximiliano: así concluyó el proyecto de Napoleón III en México.

Para entender las proyecciones de esta política, denunciada por los temores franceses, es preciso tener en cuenta por lo menos dos áreas definidas en la expansión de los intereses americanos: la región del Caribe y la zona del sur. En la primera la penetración fue total y el Mar de las Antillas, como bien se ha dicho, llegó a convertirse en un "Mediterráneo americano"; en los territorios del sur la situación es diferente. Por lo pronto, no fue fácil la transformación de las economías para hacerlas dependientes en ciertas zonas, como las regiones ganaderas de Argentina y Uruguay, dadas las demandas proteccionistas de los ganaderos norteamericanos. Allí, como en Chile o Brasil, se encontraban territorios alejados y de mayor madurez política que en la zona del Caribe, y no pudo operarse de una manera tan abiertamente definida como en las Antillas.

A medida que avanza el siglo XX se hace más notorio el desplazamiento de los intereses británicos, antes hegemónicos en América Latina, por los norteamericanos. La influencia norteamericana conoció diversos períodos y for-



Los tres nuevos reyes: Andrew Carnegie, J. Pierpont Morgan y John D. Rockefeller.

mas de manifestación. De la cruda intervención en la época del "big stick" de Theodore Roosevelt, se pasó a una época en la que, si bien disminuyeron las intervenciones directas, las grandes empresas adquirieron un predominio decisivo sobre la política del Departamento de Estado, y más tarde a otra etapa —la de la "política de Buena Vecindad" de Franklin D. Roosevelt— en la que disminuyó esa influencia.

Paralelamente, la disminución de las intervenciones directas permitió a los EE. UU. insistir en el fortalecimiento de la Unión Panamericana, particularmente cuando la segunda guerra mundial se volvió inminente e inmediatamente después del ataque de Pearl Harbour.

Corresponde atender primordialmente la evolución de las inversiones norteamericanas y la actividad de sus compañías en territorio latinoamericano, conjuntamente con el gran incremento de la prédica protestante de aquel origen y toda una política de influencia cultural y de propaganda destinada a convencer a los vecinos del sur de las excelencias del "American way of life".

La nueva política exterior norteamericana

Tres elementos fundamentales condicionaron la nueva actitud norteamericana. Por un lado, el fin de la expansión de la frontera, expansión que durante largo tiempo fue capaz de absorber contingentes humanos, capitales e iniciativas en la ampliación de las áreas de explotación.

En segundo lugar, el rápido ascenso del poder de las grandes empresas, que recurriendo a las formas de trusts y monopolios fortalecieron el capitalismo norteamericano. En 1901 Carnegie fundó la United States Steel Corporation con un capital de 1.400.000.000 de dólares, suma que, según se ha estimado, supera a la riqueza total de los Estados Unidos de un siglo antes. Rockefeller dio origen a un verdadero imperio económico que, iniciado en el pe-

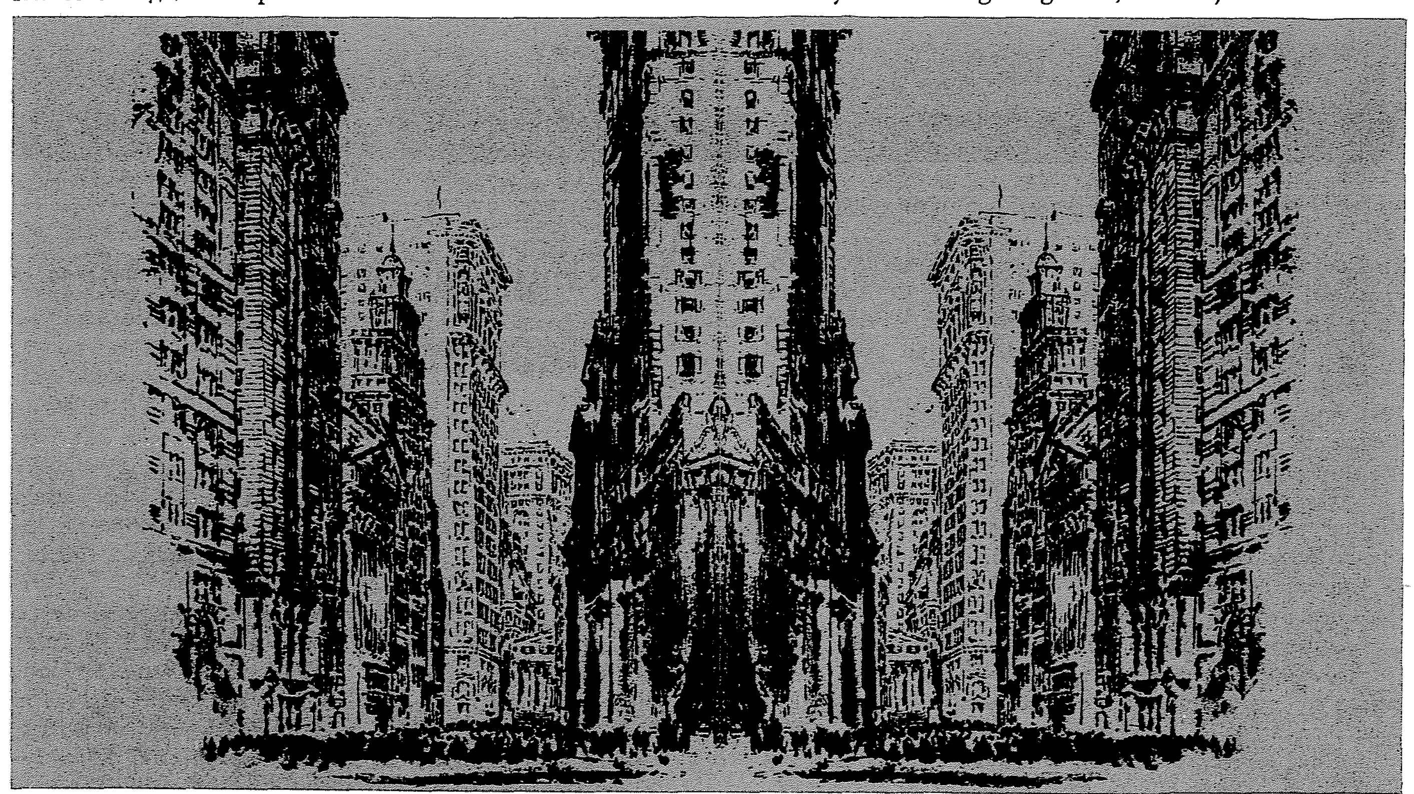
tróleo, se extendió a otras actividades, apoyándose además en el National City Bank de Nueva York. El banco de Morgan concentró empresas ferroviarias, establecimientos de crédito y seguros. La trustificación hizo posible la centralización de las funciones directivas y administrativas, la eliminación de empresas menores, la obtención de situaciones de virtual control de precios y mercados, y brindó capacidad de expansión para salir al exterior a aumentar las ganancias. En este último sentido, la Standard Oil Company realizó una obra representativa. Y aunque hasta cierto punto y no siempre, dentro de los Estados Unidos se combatía y vigilaba a estos trusts en relación a su actividad monopolista, en su acción exterior actuaban absolutamente libres de controles.

F. D. Armour y G. F. Swift crearon el trust de la carne. Guggenheim controló la mayor producción de cobre. Poco a poco todas las actividades cayeron bajo el control de los trusts pese a tentativas como la de la ley Sherman, de 1890, de declarar ilegales todos los contratos, combinaciones y conspiraciones para restringir el comercio, incluidos los monopolios.

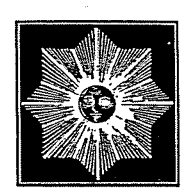
Finalmente, debe considerarse toda una serie de elementos de orden intelectual que fueron preparando el nacionalismo expansionista. Ya en 1855, en un artículo en el "Hunt's Merchants' Magazine", llegó a sostenerse que "así como en la sociedad moderna el capitalista tiene al indigente en su poder, así entre las naciones, las ricas requerirán el servicio de las pobres, o causarán su destrucción. No debe ser lamentada la vigencia universal e irresistible de esta ley... Es mejor que de este modo una raza inferior se extinga, y no que resulte frustrado el desarrollo de una raza superior".[5]

A fines de siglo aparecieron los teóricos más importantes del imperialismo norteamericano. El primero de ellos fue Josiah Strong, autor de *Our Country* (1885), que desarrolló la idea de la superioridad innata de la raza anglosajona y los peligros derivados del agotamiento de las tierras libres, la excesiva urbanización y la inmigración incontrolada. El mismo año se publicó el *Manifest Destiny*, de John Fiske, quien abogó por la expansión ultramarina, comercial y colonial de los Estados Unidos. En 1890 vio la luz *The influence of sea power on history,* del capitán Alfred Mahan. Este oficial naval sostenía que los Estados Unidos debían cumplir su misión cristiana y civilizadora sobre los pueblos inferiores mediante una fuerte marina de guerra y mercante, el comercio y las posesiones coloniales. Ideas de este tipo eran divulgadas exitosamente por los periódicos sensacionalistas de Hearst y Pulitzer.

Theodore Roosevelt, amigo y admirador de Mahan, transformó en acción la nueva opinión preparada por esas prédicas. En la guerra hispanoamericana, ganada en tres meses, la escuadra norteamericana aplastó en Manila y Santiago de Cuba a la flota española. Misioneros y capitalistas celebraron las nuevas perspectivas que la posesión de las Filipinas les abría en Oriente. Roosevelt había ido en persona a combatir a Cuba, y a su regreso se le recibió como un héroe. Al poco tiempo llega a gobernador de Nueva York y es electo vicepresidente. El asesinato de McKinley por un anarquista lleva inesperadamente a Roosevelt a la primera magistratura. Durante su período demostró que no bromeaba al aconsejar: "Hablad dulcemente y llevad un gran garrote; iréis lejos".



Nueva York: la nueva capital en ascenso.



Las intervenciones

1) *Panamá.* Roosevelt provocó la escisión de esa región colombiana y la protegió con la marina de guerra (ya se había obtenido de Inglaterra el reconocimiento del derecho norteamericano al exclusivo control del futuro canal interoceánico). El nuevo estado concedió a los Estados Unidos, por tiempo indeterminado, diversas bases y una zona en las márgenes del Canal. ("Yo he tomado Panamá, sin consultar al gabinete", llegó a confesar Roosevelt en sus memorias). En distintos momentos (1917, 1918, 1925) Estados Unidos intervino directamente en Panamá con la infantería de marina, de modo de consolidar su influencia.

2) *Cuba.* El pretexto de intervenir contra España para asegurar la independencia de la isla, no permitía el simple sometimiento de ésta. Pero la presión de los inversores norteamericanos en minas y azúcar, los intereses comerciales, los misioneros protestantes y el nuevo espíritu de conquista, hicieron que Estados Unidos asegurara su posición mediante la aprobación por el Congreso de la llamada "Enmienda Platt" (que habría de insertarse en la constitución cubana). Según esa enmienda, los Estados Unidos se reservaban bases y el derecho a intervenir en cualquier momento para "proteger la independencia de Cuba y mantener un gobierno estable". El ejército norteamericano se retiró en 1902, pero de 1906 a 1909 volvió a ocupar la isla. Durante esta segunda ocupación procuró organizar una fuerza militar cubana, que tuvo un deslucido papel al servicio de sucesivos gobiernos arbitrarios hasta la rebelión en 1933 de los suboficiales de la misma (encabezados por Fulgencio Batista).

3) *Haití.* Estados Unidos ocupó esta república con su infantería de marina entre 1915 y 1934. Como pretexto se adujo la necesidad de evitar el caos interior e impedir otras intervenciones de procedencia europea. El New York City Bank y técnicos norteamericanos participaron en la reorganización de las finanzas y se aseguraron el control económico del país. Se entrenó una guardia civil para reemplazar al antiguo ejército. La república era muy pobre y víctima del minifundio. Poco a poco se diferenciaron dos grupos, en lucha por el poder: los identificados como negros y una élite mulata que aparecía como más culta y que obtuvo el apoyo norteamericano. Bajo la égida de los norteamericanos se eligió como presidente a Sténio Vincent, en cuyas manos, y con el apoyo de la nueva fuerza armada, dejaron los Estados Unidos la misión de mantener el orden una vez que se retiró la infantería de marina. Vincent se mantuvo en el poder hasta 1941, pero aunque su sucesor, Elie Lescot, también respondía a la élite mulata, la agitación de los grupos negros (antimulatos y, por momentos, también antinorteamericanos) creció progresivamente. Lescot fue depuesto y lo reemplazó un negro, Dumarsais Estimé, quien fue limitado en su acción por las fuerzas armadas, controladas por los mulatos.

4) *República Dominicana.* Con pretextos análogos a los del caso anterior, y en ejercicio de la función de vigilancia policial que se habían atribuido en el Caribe, los Estados Unidos ocuparon este país desde 1916 hasta 1924. Entre sus objetivos figuró el de crear una fuerza militar moderna y adicta, a cuyo frente pusieron a Rafael Leonidas Trujillo. Este ascendió al poder en 1930 y estableció una de las dictaduras más prolongadas y características de las "Banana Republics". El régimen permitió a la familia Trujillo acumular una enorme fortuna, organizó un culto inverosímil en torno al dictador y terribles asesinatos, algunos de ellos ejecutados por sus agentes en el extranjero. Entre sus víctimas se contó el infortunado profesor Jesús de Galíndez, que en los Estados Unidos se había destacado por estudiar y divulgar algunas de las peores características del trujillismo.

5) *Nicaragua.* La intervención indirecta de los Estados Unidos se transformó en un desembarco de dos mil infantes de marina en 1912, que decidieron la lucha por el poder entre los partidos locales a favor del grupo pronorteamericano. Retirados en 1925, los *marines* volvieron al año siguiente para imponer nuevamente un gobierno títere. Como en otros lados, la solución final fue el surgimiento de una dictadura pronorteamericana de las filas de las fuerzas armadas, organizadas y equipadas por la infantería de marina de los EE. UU. Llegó al poder el general Anastasio Somoza, responsable del asesinato de muchos de sus enemigos políticos, y entre éstos del general Sandino, quien había opuesto una tenaz resistencia guerrillera a la dominación norteamericana. Como Trujillo, Somoza aprovechó la permanencia en el poder para acumular una fortuna colosal. La corrupción administrativa y la represión brutal de toda oposición llegaron a límites extremos.

6) *México.* A medida que se desarrolló la revolución mexicana, se registraron múltiples intervenciones, indirectas y directas. Entre estas últimas debe anotarse el desembarco norteamericano en Veracruz (1914) y la expedición represiva del general Pershing en Chihuahua (1916). Pero mucho más importante fue la constante presión diplomática ejercida para influir en el curso de la revolución.

---

[1] Archives du Ministère des Affaires Etrangères de France - Paris. Vol. 8, fol. 1655. Correspondance commerciale de Montevideo.

[2] R. E. ENOCH — Republics of South and Central America, London, 1922, P. 10.

[3] JUAN A. ODDONNE — Una perspectiva europea del Uruguay. Montevideo, 1965. P. 11.

[4] Archives du Ministère des Affaires Etrangères de France - Paris. Correspondance commerciale de Montevideo. Vol. 14, fol. 233 ss.

[5] Merle Curti. El desarrollo del pensamiento norteamericano, Buenos Aires, 1956.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

* Números ya publicados

1 enciclopedia + 1 cuaderno $ 85

ENCICLOPEDIA URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Octubre 1968.